

Los testigos

Después de haber contemplado hasta qué extremo los relatos de [Pascua](#) implican los sentidos corporales, con la clara intención de acreditar la resurrección de Cristo, podemos también sumar el interés de los autores sagrados en redactar los acontecimientos con el protocolo del testimonio válido.

Para que algo pueda ser demostrado como verdadero debe contar con la declaración de, al menos, dos testigos. Si recordamos los pasajes evangélicos que dan noticia de la resurrección de Jesús, comprobamos que en muchos de ellos aparecen dos o más testigos.



“... se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes.” (Lc 24, 4-6) “Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro.” (Jn 20, 4. 7-8) “... se apareció, bajo otra figura, a dos de ellos cuando iban de camino a una aldea.” (Mc 16, 12) “... iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús.” (Lc 24, 13-15)

“... estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón.” (Mc 16, 14) “... los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron.” (Mt 28, 17) Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos.” (Jn 21, 2. 12)”

“Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino

creyente».” (Jn 20, 26-27)

No se puede forjar una historia falsa refiriéndose a tantos testigos. Estamos seguros. Pedro y Juan suben al templo y dan testimonio de la verdad de la resurrección.

En este contexto se comprende que los textos de Pascua, además de poner por testigos acreditados a los Apóstoles, además de lo que afirmaron las mujeres, refuercen el argumento porque no sólo vieron al Señor, sino que lo abrazaron, escucharon sus palabras, comieron y bebieron con Él.

San Juan, en su carta, llega a afirmar:

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, - pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó - lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.” (1 Jn 1, 1-3)

Al final, como Santo Tomás, desmontadas todas nuestras posibles reservas, podemos reconocer a Jesús resucitado: “*Señor mío y Dios mío*”.

Ángel Moreno